**Hayek y Marx en Santiago**

Andrea Fagioli (UNSAM/IIGG-CONICET/PARIS 8)

En el debate actual, cuando se hace referencia a las primeras experiencias de lo que puede ser definido “neoliberalismo desde arriba” (Gago, 2015), los ejemplos que se suelen traer a colación son los Estados Unidos de Ronald Reagan y la Gran Bretaña de Marghareth Thatcher. Sin embargo, si es cierto que Estados Unidos y Gran Bretaña han sido los primeros países donde las fuerzas políticas neoliberales se han instalado en el poder por la vía electoral, a comienzo de los '80, en Chile las “recetas” neoliberales empezaron a implementarse, bajo el régimen de Pinochet, ya en 1975.

Además, el país ha mantenido, hasta ahora, una continuidad importante, en términos institucionales, con el modelo instalado por la dictadura, sin que el significante “neoliberalismo” haya pasado a tener una connotación negativa en el debate *mainstream*.

El ejercicio que nos proponemos aquí es individuar lo neoliberal de la arquitectura institucional chilena[[1]](#footnote-0) y, posteriormente, analizar el modelo chileno a través de una específica noción marxiana: la de *acumulación originaria*.

Lo que nos interesa es, por un lado, llevar adelante una reflexión sobre el modelo chileno, del cual, sin embargo, no pretendemos revelar la cifra oculta. Por el otro, pensar el neoliberalismo en tanto etapa específica del capitalismo en el marco de la cual emerge la necesidad vital del modo de producción capitalista no sólo de apropiarse de bienes, sino también de producir sujetos que puedan habitar la lógica de funcionamento de un modelo específico.

1. **Huellas hayekiana en el Chile contemporáneo**.

El sociólogo Tomás Moulian (2002) sostiene que “Chile actual proviene de la fertilidad de un 'mènage à trois', es la materialización de una cópula incesante entre militares, intelectuales neoliberales y empresarios nacionales o transnacionales” (27): la relación entre estos tres bandos ha dado lugar a la revolución capitalista.

El 11 de septiembre, día del Golpe, no había un diseño común de las fuerzas golpistas que trascendiera la voluntad, exclusivamente negativa, de terminar con el gobierno de Allende. Desde el primer momento, los militares se repartieron las tareas de gobierno y a la Marina le tocó hacerse cargo de la economía. La orientación entre los oficiales de la Marina no iba más allá de un odio visceral hacia las políticas socialistas de la *Unidad Popular* (UP) y de un liberalismo “vulgar”. Sin embargo, no contaban con los conocimientos técnicos para llevar adelante un diseño institucional y económico coherente. Asimismo, la voluntad que prevalecía entre los uniformados era la de defender la Constitución de 1925.

En el post-golpe se enfrentaron entonces dos posiciones: restauración o revolución capitalista, así como dos variantes de “revolución”. La primera posición era defendida por los militantes democratacristianos anti-allendistas y por militares cercanos a aquellos, quienes aspiraban a una rápida recuperación de la democracia y del sistema de partidos, excepto aquellos considerados responsables de la crisis económica, es decir, los que estaban vinculados con el gobierno de la UP. La opción para estos, era una “pacificación represiva”, pero fue descartada inmediatamente, aunque los sectores que la apoyaban habían protagonizado la lucha contra el gobierno de Allende.

La segunda postura, que podemos definir “esquema fundacional”, preveía una doble posibilidad: seguir un recorrido nacionalista o liberal. El segundo, que se impuso, implicaba no sólo una transformación económica, sino que “requería acciones profundas y prolongadas para cambiar la mentalidad chilena” (Valdés, 1989: 14).

Es en ese contexto que cobra protagonismo el grupo de jóvenes intelectuales neoliberales conocidos como *Chicago Boys*, que se habían formado en el departamento de Economía de la Universidad de Chicago, dirigido por Milton Friedman[[2]](#footnote-1). Estos jóvenes habían sido preparados para la función que iban a cumplir unos años después y, como ha sido subrayado, se les había brindado no sólo

un sólido curriculum y una instrucción rigurosa, sino también un sentido de misión: la del economista quien, como el nuevo filósofo, transmite la ciencia y el modernismo a la sociedad (…) y ofrece al político el privilegio de ser guiado por la ciencia al adoptar sus decisiones sobre asuntos económicos (Valdés, 1989: 180).

De hecho, es interesante destacar que, desde 1972, algunos de estos economistas estaban trabajando, bajo la dirección de Sergio de Castro, decano de la facultad de Economía de la Universidad Católica, y con el apoyo económico de la CIA, sobre un programa de gobierno “alternativo”, en el caso de que se derrocara al presidente Allende. Este programa había sido sistematizado en un texto llamado *El ladrillo[[3]](#footnote-2)*.

De Castro, de hecho, será nombrado ministro en 1975 y aplicará una serie de medidas llamadas “tratamiento de shock”, basado en cortes radicales al gasto público. Sin embargo, más allá de las medidas económicas, nos interesa aquí reflexionar en otro nivel: el institucional, que representa la condición de posibilidad de las políticas económicas, porque ahí se sitúa el núcleo de nuestra apuesta teórica de afirmar la presencia de *Hayek en Santiago*, a través de Jaimé Guzmán[[4]](#footnote-3).

De hecho, el factor clave de la revolución capitalista ha sido, justamente, la neoliberalización del movimiento gremialista, del cual Guzmán era líder. A sus 27 años, recibió la tarea de formar y consolidar el nuevo orden político, tornándose no sólo lo que en términos schmittianos se llama *Kronjurist*[[5]](#footnote-4), sino que, como afirma Cristi (2011) en el sentido de que “en materias constitucionales la corona la porta él mismo” (46).

Guzmán lleva adelante un discurso más amplio del exclusivamente económico, que conllevaba una institucionalización del modelo, a través de la nueva Constitución. Esta apuntaba a establecer un marco para que la revolución capitalista sobreviviera al régimen y a su violencia. Es importante destacar que el modelo que tiene pensado Guzmán no se limita a un conjunto de medidas macroeconómicas, como él mismo aclara en un polémico artículo (Guzmán, 1979a), de las cuales el plano jurídico no hubiera sido nada más que un soporte. Al contrario, él piensa en una forma democrática inspirada en el liberalismo austroamericano.

El problema que tiene que enfrentar, entonces, Guzmán es el problema, eminentemente liberal y hayekiano, de limitar la democracia[[6]](#footnote-5), considerada una barrera para la libertad, en tanto que un electorado masivo, con la igualdad irreal que lo caracteriza, resulta ser una presa fácil del marketing político y de la demagogia (Guzmán, 1979b; véase también Cristi, 2011).

Se escucha aquí el eco de un texto de Hayek publicado en castellano en 1980 por el *Centro de estudios políticos* (Cep), el principal *think thank* de los neoliberales chilenos en aquellos años, y que nos permitimos reproducir *in extenso*:

cuando hablo de la necesidad de limitar el gobierno democrático o, más brevemente de una democracia limitada -escribe Hayek-, no me refiero, desde luego, a limitar aquella actividad de gobierno que se conduce democráticamente: digo que todo el gobierno, especialmente si es democrático, debería estar limitado (Hayek, 1980: 14-15).

La cuestión, para Guzmán (como para Hayek), es deshacerse de una constitución “enferma” de estatismo, produciendo una constitución que constituya un límite al campo de acción del Estado, limitando sus prerrogativas en el campo económico.

Los autores reunidos en París en 1938, para el Coloquio Walter Lippman, una suerte de Internacional liberal, inviertiendo el punto de vista del liberalismo clásico, partían del presupuesto de que el orden del mercado no es un dato natural, sino un producto histórico y una construcción política. Desde este punto de vista, el Estado no era pensado como un espectador pasivo en las relaciones económicas, sin embargo, no se trataba de ejercer una coacción hacia lo que constituía una amenaza para la libertad de los demás, es decir de limitar el mercado y la libertad del capital a través de una acción correctiva. Se trataba, al contrario, de desarrollar y purificar el mercado de la competencia, a través de una jaula jurídica cuidadosamente producida (Dardot y Laval 2013). Desde el punto de vista liberal, no se trataba, en definitiva, de gobernar a causa del mercado, sino de gobernar para el mercado.

El objetivo de la nueva constitución de 1980 responde a estas inquietudes liberales, con la ventaja estratégica de que el campo había sido liberado, con la violencia de Estado, de toda oposición organizada. El proyecto de Guzmán fue ambicioso y, si bien respondía en primera instancia a la protección de “los excesos de estatismo”, a una minoría propietaria, no se limitaba solamente a eso.

Podemos cerrar este apartado diciendo que, por un lado, es cierto que, como ha sido subrayado por algunos juristas (Bauer, 1998; Ferrada Borquez, 2000), la constitución chilena es una constitución económica, en el sentido que constitucionaliza una estructura basada en la propiedad y que, más que remitir directamente a una economía de mercado, asegura el marco legal, político y social en el interior del cual puede desarrollarse, impidiendo cualquier tipo de política de corte keynesiano. Por el otro lado, sin embargo, la nueva institucionalidad opera en el sentido de producir el sujeto que sepa habitar esa sociedad, de producir aquel cambio de mentalidad al cual hemos aludido más arriba y que nos parece interesante vincular con el debate sobre acumulación originaria.

1. ***El neoliberalismo como acumulación originaria***.

En el célebre capítulo 24 del libro primero del *Capital*, Marx rechaza el relato idílico de la Economía política que, sobre la base de la conducta prehistórica, distingue una *élite* de hombres virtuosos, trabajadores y ahorradores, de unos desgraciados que gastan aún más de lo que tienen, y llama “acumulación originaria” al proceso que separa productores y medios de producción. Un proceso violento de expropiación que, escribe, “ha quedado inscrito en los anales de la historia con trazos indelebles de sangre y fuego” (Marx, 1975: 894). Posteriormente, bajo el paradigma “normal”, el vendedor de fuerza de trabajo habría quedado, agrega el filósofo, a la “merced de las *leyes naturales de la producción,* es decir, entregado al predominio del capital, predominio que las propias condiciones de producción engendran, garantizan y perpetúan” (Marx 1975: 922).

En la tradición marxista, la noción de “acumulación originaria” ha sido generalmente limitada al problema de la *transición* en términos exclusivamente cronológicos. Se nombraba así aquel segmento de tiempo anterior al capitalismo y durante el cual se habían creado las condiciones materiales de su funcionamiento. Sin embargo, en el texto de Marx encontramos que, bajo el dominio de las “leyes naturales de la producción”, la violencia extraeconómica no desaparece completamente; vuelve a aparecer, aunque sólo ocasionalmente. Esta posible reaparición abre las puertas a una problematización.

En las últimas décadas, varios protagonistas del debate[[7]](#footnote-6) han recogido esa indicación marxiana, volviendo sobre aquella noción y cuestionando la perspectiva de la “escolástica” marxista. En el marco de este debate, Massimo De Angelis (2012) identifica dos marcos interpretativos, que remiten respectivamente a Lenin y a Rosa Luxemburgo. Por un lado, Lenin (1972) hipotetiza un modelo “universal” de desarrollo histórico, que implica que en cada espacio se reproduzca, aunque en formas específicas, la separación de los productores y los medios de producción; y esto para que pueda cumplirse el salto histórico de una sociedad feudal a una sociedad capitalista moderna.

Luxemburgo (2011), en cambio, sostiene que la acumulación originaria es un fenómeno circunscripto en la historia, pero subraya que el capitalismo necesita franquear constantemente sus límites y convertir en capitalistas a espacios que anteriormente no lo eran. En este sentido, S. Amin (1975) ha postulado la persistencia, en el siglo XX, de los mecanismos descritos por Marx, inscribiéndolos en una lógica geopolítica que opera en beneficio del centro y en desmedro de la periferia.

La cuestión volvió al centro del debate en 1990. El colectivo editorial de la revista estadounidense *Midnight Notes* marcó una novedad, planteando que los nuevos cercamientos son un “componente estructural de la lucha de clases”, introduciendo en el debate una diferencia cualitativa en cuanto a las formas en que se da la acumulación originaria. Es decir que si estos nuevos cercamientos, por un lado, repiten los mecanismos descritos por Marx, por el otro hay cercamientos de tipo nuevo que embisten el espacio global y responden a una lógica integrada.

Para caracterizar estos nuevos cercamientos nos parece posible, por ejemplo, retomar la perspectiva de Luxemburgo: si pensamos el “ambiente” en un sentido no espacial, podemos imaginar esta colonización de formas de vida no capitalistas, como por ejemplo sistemas de *welfare* y espacios urbanos a “recalificar”.

Por otra parte, autores como Hardt y Negri (2002 y 2004) y Lazzarato (2013) piensan una periodización del capitalismo en el marco de la cual, a cada salto de paradigma se realiza una nueva ronda de acumulación originaria, entendida como cercamiento y apropiación de los nuevos medios de producción. En este marco, podemos pensar en el cercamiento de medios de producción virtuales, a través de dispositivos como el *copyright*, que llega a embestir ámbitos como la alimentación (semillas transgénicas) o la vida misma (genoma humano). Pero pensamos también en elementos naturales que cobran valor en un determinado momento, porque se tornan indispensables para el modelo productivo[[8]](#footnote-7).

Hasta aquí problematizamos la noción de “acumulación originaria”, quitándole el *status* de hecho histórico delimitado espacio-temporalmente, pero la seguimos pensando bajo una lógica antes-después, donde unos acontecimientos violentos preceden una coacción “normal”.

Sin embargo, si tomamos los trabajos de Marx, el eje de la acumulación originaria gira alrededor de dos polos, uno objetivo y el otro subjetivo, es decir que la acumulación de bienes tiene que ir de la mano de una acumulación de los dos protagonistas que caracterizan el drama capitalista: el poseedor de dinero, vuelto capitalista, y el poseedor de fuerza de trabajo, que se torna obrero (Marx, 1975).

Lo que plantea el filósofo de Tréviris es que el capital es una relación y que la riqueza, independiente de su cantidad, no es capital si no encuentra determinadas condiciones sociales. La acumulación originaria, como ya dijimos, no es representada sólo por la rapiña de propiedades comunes, sino también por la liberación de los productores de los medios de producción. Esta separación implica, por un lado, que el patrimonio monetario puede comprar las condiciones objetivas del trabajo y, por el otro, que puede obtener las condiciones subjetivas, a saber: trabajo vivo a cambio de dinero. En este marco, la violencia extraeconómica no se manifiesta sólo y exclusivamente en los cercamientos, sino también en las políticas dirigidas a la producción del trabajador asalariado. Como escribe Marx en un pasaje fundamental de los *Gründrisse*:

[a] los trabajadores "libres" ("de toda posesión" y "de toda forma de existencia objetiva") se le(s) presentaba como única fuente de recursos la venta de su capacidad de trabajo o la mendicidad, el vagabundeo y el robo. Está históricamente comprobado que esa masa (de fuerza de trabajo) intentó al principio esto último, pero que fue empujada fuera, de esa vía, por medio de la horca, la picota, el látigo, hacia el estrecho camino que lleva al mercado de trabajo (Marx 1971: 470).

El polo subjetivo de la acumulación originaria se torna, entonces, *conditio sine qua non* del modo de producción capitalista. En este sentido, Lazzarato sostiene que “aquello que definimos como 'economía' sería lisa y llanamente imposible sin la producción y el control de la subjetividad y de sus formas de vida” (Lazzarato, 2013: 41). La configuración de lo humano vendría a ser una de las tareas fundamentales del capitalismo[[9]](#footnote-8).

En la misma línea, pero subrayando con fuerza la producción de subjetividad de la acumulación originaria, Mezzadra plantea que el modo de producción capitalista “no puede existir, conceptualmente, sin el elemento de coacción al trabajo del cual Marx traza la genealogía” (Mezzadra, 2008: 139). Desde ese punto de vista, al concentrarse sobre el origen (*Ursprung*) del capital, el filósofo alemán “se propone estudiar las condiciones bajo las cuales, 'por primera vez', un conjunto de 'abstracciones reales' se 'encarnan' en la historia, se vuelven potencias reales y terminan (…) determinando las condiciones *a priori* de la misma experiencia social” (Mezzadra, 2008: 130-131). Para el autor italiano, este cortocircuito entre abstracto y concreto tiene que darse continuamente; es decir que a nivel lógico tiene que repetirse *cada día* lo que aconteció, por primera vez, en los orígenes del capitalismo.

El capítulo 24 tendría la función, desde esta perspectiva, de iluminar algunos caracteres fundamentales, pero escondidos, del funcionamiento *normal* del capitalismo. Esto es, para nosotros, lo que está en juego en el giro neoliberal del capitalismo y el caso chileno puede ayudarnos a arrojar luz sobre este aspecto.

Ahora bien, por lo que concierne al neoliberalismo, la publicación del curso de Foucault *Nacimiento de la biopolítica* (2004 en francés, 2007 en español) ha marcado un giro importante, en tanto el neoliberalismo, más que un conjunto de medidas macroeconómicas, se comienza a pensar como gubernamentalidad, es decir, como práctica, como manera de actuar que no se propone el establecimiento de una sociedad última. Su objetivo, más bien, es la producción de determinadas relaciones sociales, formas de vida y de un sujeto neoliberal: en este sentido, la etapa actual pone en evidencia aquella producción de subjetividades que se quedaba detrás de las bambalinas en los modelos productivos anteriores.

A nivel de antropología económico-política, la lectura foucaulteana implica un corte importante. Si el sujeto del liberalismo decimonónico, era el hombre del intercambio y del interés, el *homo oeconomicus* neoliberal es el hombre de la competencia generalizada, el empresario de sí mismo (Foucault, 2007). En términos de estrategias, podemos agregar que si el capitalismo moderno tenía la necesidad de proletarizar, de producir una masa de disciplinados poseedores de fuerza de trabajo que pudieran habitar las fábricas, el capitalismo neoliberal se encuentra más bien frente a la necesidad opuesta: desproletarizar y reactivar el relato del individualismo propietario, al fin de neutralizar las formas de resistencia colectiva que habían puesto en peligro el mismo modo de producción y acumulación.

Llegamos así a uno de los problemas fundamentales de nuestro texto y que, siguiendo a Marx, podría formularse en los siguientes términos: si no hay nada natural en el hecho que una clase de individuos esté obligada, para sobrevivir, a vender su fuerza de trabajo como una mercancía ¿qué hay de natural en el hecho que el hombre se piense a sí mismo y se maneje como una empresa? Aun pensando que el capitalismo contemporáneo constituye una suerte de exposición universal (Virno 2003) de los modelos productivos y que el empresario de sí no da cuenta de la totalidad de los actores del drama neoliberal, nuestra hipótesis es que es posible pensar la producción del hombre del neoliberalismo en tanto eje subjetivo de una nueva acumulación originaria. Al mismo tiempo, es posible observar nuevos cercamientos que recuerdan el eje objetivo de la misma acumulación.

1. ***La acumulación originaria en el modelo chileno***.

Entonces, hemos dicho que el modelo neoliberal se basa en la autonomía de la instancia productivo-económica[[10]](#footnote-9), cuya espontaneidad el Estado tiene que fomentar (porque no es “natural”), limitándose a ordenar la sociedad que sobre ella se edifica: en este sentido Hayek usa el célebre ejemplo del código de tránsito. Formas de vidas y mentalidades tienen así que reconfigurarse *constantemente* en base a las mutaciones de esa instancia. La política neoliberal debe así apuntar, en primer lugar, a modificar a ese inadaptado crónico que es el ser humano[[11]](#footnote-10), para que pueda habitar la sociedad de la competencia generalizada, y, en segundo lugar, a transformar el mismo modo en que el hombre se representa su vida y su destino.

Si pensamos en el capitalismo neoliberal chileno a la luz de la noción marxiana de acumulación originaria, nos parece posible hablar de una articulación de dos formas de operar que podemos llamar neoliberalismo como desposesión[[12]](#footnote-11) y neoliberalismo como tecnología.

Por un lado, hubo y, de alguna manera, sigue habiendo desposesión. En un muy documentado libro de corte periodístico, Olivia Mönckemberg (2015) ha documentado el “saqueo” de los grandes grupos económicos a las riquezas del Estado chileno. Al mismo tiempo, podemos pensar en el conflicto por la tierra en el marco de la cuestión Mapuche y el uso de la Ley antiterrorista. Por otra parte, en el marco del imperio de las leyes se registra una producción constante de derecho que obliga a incorporar, de manera entusiasta o no, una lógica empresarial. La violencia que se ejerce hacia los que la rechazan, desde ya, es una violencia distinta de la que se dirige a las comunidades que se resisten a los desalojos. Podríamos pensar, parafraseando a Foucault, que si aquella es una violencia que hace morir, esta es una violencia que deja morir.

1. En este sentido, en el título, hicimos referencia aFriedrich von Hayek, uno de los padres del liberalismo “austroamericano” y de la célebre Escuela de Chicago, que ha visitado Chile dos veces en plena dictadura (en 1977 y en 1981) y cuya teoría ha sido central para la producción de la así llamada *Nueva Institucionalidad*, materializada en la Constitución de 1980 [↑](#footnote-ref-0)
2. Se trataba de jóvenes docentes de la Universidad Católica de Chile que viajaron gracias a un convenio con la Universalidad de Chicago en el marco del *Proyecto Chile*, financiado por la *Administración por la cooperación internacional* (Aci). [↑](#footnote-ref-1)
3. Sobre el nacimiento de *El ladrillo*, remitimos a la entrevista al propio De Castro, contenida en el documental *Chicago Boys*, de Carola Fuentes y Rafael Valdeavellano. Por lo que concierne el apoyo financiero de la CIA, véase: *Cover Action in Chile, 1963-1973 Staff Report of the Select Committee to Study Governamental Operations with respect intelligence activities* [Disponibile online <http://fas.org/irp/ops/policy/church-chile.htm>]. [↑](#footnote-ref-2)
4. Como indica su biógrafo intelectual Renato Cristi (2011), Hayek ha sido fundamental en el desarrollo del pensamiento de Guzmán, porque le ha permitido vincular los conceptos de “autoridad” y “libertad”, que constituían el núcelo de sus inquietudes, desde que, todavía adolescente, empezó ha frecuentar los ambientes nacionalistas chilenos, formándose en la senda del conservadurismo español, cuyo mayor representante en Chile era el maestro de Guzmán, Osvaldo Lira. En un artículo publicado en la revista *Ercilla*, definirá estos conceptos como “las palancas armoniosas y equilibradas del proceso material y espiritual” (Guzmán, 1978). [↑](#footnote-ref-3)
5. El nombre de la comisión era *Comisión de Estudios de la Nueva Constitución Política de la República de Chile* (CENC), y se conocía como *Comisión Ortúzar*, por el nombre de su presidente Enrique Ortúzar. Sin embargo, no hay duda sobre quien fuera la guía intelectual de la comisión. [↑](#footnote-ref-4)
6. No hay que olvidar que, en aquellos años, el primer encuentro de la Trilateral también se había puesto el problema del exceso de claims (Crozier, Huntington y Watanuki 1975). [↑](#footnote-ref-5)
7. En el contexto anglosajón el debate ha empezado en las revistas *Midnight Notes* y *The Commoner*. Entre los autores de habla inglesa que han trabajado sobre el concepto podemos nombrar a G. Caffentzis, M. de Angelis, W. Bonefeld y M. Perelman (varios aportes de estos autores han sido publicados en castellano, en 2012, por la revista argentina *Theomai*). Siempre en idioma inglés, la noción de *Accumulation by dispossession*, usada por D. Harvey (2005), trae a colación el problema de la acumulación originaria. La misma noción ha sido abordada también desde un punto de observación feminista; al respecto son imprescindibles los trabajos de S. Federici y M. Dalla Costa. En la línea del marxismo postoperaísta, que nos interesa particularmente porque nos permite leer el problema a la luz de la producción de subjetividad, la cuestión de la acumulación originaria emerge en los trabajos de A. Negri (también en los escritos con Hardt), Lazzarato y Mezzadra. [↑](#footnote-ref-6)
8. Nos parece que el caso paradigmático es el de las guerras por el coltán, mineral fundamental para la producción del *hardware* en el capitalismo informacional, en la República Democrática del Congo. [↑](#footnote-ref-7)
9. Si bien, en el mismo texto, Lazzarato habla de acumulación originaria para referirse a una expropiación de bienes necesaria para dar forma a un nuevo paradigma, tenemos en su trabajo una tensión constante entre un capitalismo que se impone “no por contrato o convención, sino por fractura, violencia y usurpación” (Lazzarato, 2013: 51) y la producción de una figura subjetiva que pueda habitar el paradigma en el cual funcionan los contratos y las convenciones. [↑](#footnote-ref-8)
10. Lippmann planteaba que el objetivo del neoliberalismo no era la instalación de un modelo ideal –esto lo demuestra la diversidad de las experiencias históricas que podemos tildar de neoliberales- sino la adecuación de la “sociedad humana a la mutación industrial y comercial” (Lippmann 1937). [↑](#footnote-ref-9)
11. Tenemos aquí otro giro radical respecto de la antropología política del liberalismo clásico. [↑](#footnote-ref-10)
12. Se nos podría objetar que el neoliberalismo como *desposesión* no tiene que acompañarse necesariamente al neoliberalismo como *tecnología* y que, por lo tanto, no constituye una novedad sustancial del modelo actual. Sin embargo, en la exposición universal del capitalismo contemporáneo no existe un capitalismo que no sea neoliberal, bajo cuya racionalidad se articulan formas que fueron hegemónicas en otros momentos. [↑](#footnote-ref-11)